

La calle
Diario de un espectador
Palillo y el Goya
por miguel ángel granados chapa

para el miércoles 15 de julio de 2009

Se atribuye a Luis Rodríguez, Palillo, el porrista universitario que convertido en un respetable profesor que usaba corbata y traje, tras abandonar el suéter azul y oro que era parte de su personalidad, haber creado por casualidad la porra, el canto o grito deportivo de la UNAM. El líder, que se hacía querer ofreciendo favores a quienes lo seguían, los hacía entrar sin paga a los cines del barrio universitario. Entre ellos se hallaba el Goya, para dirigirse al cual Palillo gritaba la orden respectiva, que pronto se convirtió en santo y seña de los preparatorianos y de los estudiantes de escuelas superiores.

Pero Palillo era temido por los perros, los estudiantes de nuevo ingreso, seguí se desprende del relato a cuya final nos asomamos el lunes, trazado por Vicente Leñero el laureado escritor que hace más de medio siglo fue víctima del porrista, muerto en agosto de 2005, lejanos ya sus tiempos de simpático o maleante, según eran sus interlocutores. He aquí como lo pinta:

“Se comportaba como un payaso, sí, con su risita ladeada y sus ínfulas de influyente en Rectoría, gracias a pertenecer a los porristas universitarios del fut americano. En realidad era un estudiante fósil, Temible en tiempo de novatadas porque manejaba una pandilla de maleantes prestos a acosar a los alumnos de primer ingreso.

En 1951, en vísperas de ingresar a la escuela de iungeniería, los preparatorianos del Cristobal Colón fuimos citados en san Ildefonso para el obligado examen médico: el tentaleo de nuestras partes viriles —usted necesita hacerse la circuncisión, joven—y el arponazo de la vacuna contra la tuberculosis, la mentada tuberculina.

A las ocho de la mañana formábamos ya una larga fila frente a lo que entonces funcionaba como rectoría, cuando se escuchó en lo profundo de la calle gritos horrísonos que nos pusieron a temblar:

--¡Peeerros! ¡peeerros!

Temblábamos.

--¡Perros maricas, hijitos de papi, niños bien!! ¡jora sí les llegó su hora, peeerros!

Ahí se apareció de pronto, ahí lo conocí, el maldito Palillo con una banda de maleantes. Burlón, prepotente, cínico.

Luego de empellones, bufonadas y cachetaditas al paso, Palillo se dirigió al primer lugar de la fila y se puso a contar, perro tras perro:

---Uno dos tres cuatro cinco seis. Salte. Uno dos tres cuatro cinco seis. Salte.

Así, de seis en seis, o de diez en diez —ya no me acuerdo—fue sacando perros de la fila. Yo fui uno de aquellos infelices seleccionados. También Víctor Fenton, compañero desde la primaria. No se quiénes más; tres o cuatro en total.

Temíamos lo peor cuando nos condujeron por la calle con una falsa camaradería que auguraba lo peor. ¿Nos agarrarían a madrazos en la vía pública?, ¿nos encuerarían en una esquina? ¿nos robarían los monederos, los tenis, la camisa?

--No les va a pasar nada, perritos --se reía Palillo---No se apuren.

Luego de caminar un par de cuadras llegamos a una pulquería de las que proliferaban en el centro y nos hicieron entrar, Palillo por delante...La pulquería elegida por Palillo apeataba a pulque, a orines, a mierda. Era temprano, Unos cuantos vagabundos y teporochos salpicaban el lugar, atentos a la irrupción de aquel grupo de jóvenes.

--¿De qué van a querer su curado?, nos preguntó Palillo.

“Yo elegí de piña, por elegir algo, mientras me sentía tranquilo por primera vez, pensando que si sólo se trataba de beber un tarro de pulque, el tormento resultaría al fin de cuentas soportable.

“Pero no. Luego de que el pulquero llevó los respectivos tarros a la mesa, Palillo los secuestró rápidamente...” Y ocurrió entonces lo que narramos aquí, con la pluma de Leñero el lunes pasado, cuando supimos también que el ahora afamado escritor que juró vengarse de ese agravio. En eso pensaba Leñero cuando murió Fanny Cano, amante de Palillo.